

Nuestro Ayuntamiento y el batallón de "Sevilla"

Comenzaremos estas líneas, por dedicar nuestro más entusiasta aplauso al concejal don Alfonso Sánchez Meca, iniciador y firmante de una instancia, presentada al Ayuntamiento en una de las últimas sesiones, pidiendo, que en nombre de Cartagena, se telegrafe al Teniente Coronel del Regimiento «Sevilla» jefe del batallón expedicionario del 33, por el heroico comportamiento que los jefes, oficiales y soldados del referido batallón, vienen demostrando en Melilla.

No podía por menos que suceder así; alguien tenía que proponer a más de todo lo hecho y que aun nos parece poco, algo más, como lo que nos ocupa.

Cartagena, por conducto de su Ayuntamiento felicita al batallón del 33, pero lo felicita de manera etusiva, leal y cariñosamente ya que aquí cuando era unidad realiza gloriosos hechos de armas, nos llena de alegría y entusiasmo.

EL ARCO aunque pequeño, pero grande en sus sentimientos patrios se adhiere incondicionalmente a ese homenaje y dedica sus aplausos y sus parabienes a aquellos hermanos que allá en tierra africana, están dejando el pabellón nacional a la altura que merece.

¡Viva, pues, el 33 de línea!

¡POBRE MADRE!

(SONETO)

Tinto en sangre el purpurino manto,
¡Es sangre aún tibia de sus hijos muertos,
De mártires y héroes ingertes!
Lleva en el alma y en los ojos llanto.

Transida de dolor, loca de espanto,
Contempla los cadáveres ya yertos,
Aunque de honor y gloria y de laurel cubiertos,
De su orgullo, su amor y de su encanto.

En vano busca a su dolor consuelo,
Que es insondable, como el mar, su pena,
Que es infinita, como lo es el cielo!

Es una madre que piedad implora,
Es una Madre de amargura llena:
¡España es que por sus hijos llora!

ANDRES MORENO GILBERT

Escolapio

Larache Noviembre de 1921.

Del momento

Hace frío y a la vez llueve; los transeúntes trasnochadores, corren más bien que andan embutidos en sus abrigos e impermeables; el chapoteo del agua repercute en los oídos, con su ruido sordo y monótono.

Unos rapazuelos descalzos y desarrapados, imploran una limosna a la salida del teatro; en sus ojos hundidos y demerados se notaba la fiebre del hambre y del frío; en sus labios rojos por el helor de la noche, dibujábase una mueca de cansancio o tal vez de abandono.

¡Pobres criaturas! ni la inclemencia del tiempo que atenuante los amenazaba; ni el apego a la vida que tanto se procura, impedían el que ejercieran la caridad pública, tendiendo sus manecitas descarnadas y frágiles, implorando un socorro, con que aliviar el estado lamentable de la madre, enferma... quizás moribunda.

¡Pobres criaturas! su actuación en la vida, desempeñando el pa-

pel de insignificantes monigotes seduciese aún más; por su poca valía ante los mundanos.

Y los chiquillos con unas perillas en las manitas, han corrido en busca del hogar, para prontamente aliviar la situación precaria.

Y uno entre ellos; solo, sin ninguna limosna; con las manos en los defendidos bolsillos, ha seguido al portal inmediato, y se acurrucó buscando abrigo; que consuele su cuerpo, atemorizado por el chubasco.

Y en el portal, ha quedado durmiendo, la calle tranquila, el chapoteo igual que antes; todo igual.

Allí en lo lejos una voz fuerte de un castañero, pregonó su mercancía.

«Castañas calientes y tostadas castañas.

Periquillo

Los desposados de la muerte

Con un profundo respeto, admiro desde que of sus primeras

hezas, a un puñado de hombres valientes que luchan en los campos africanos con un patriotismo rayano en el sacrificio.

Hay en el fondo de estos seres para quien el mundo con sus fetorias e hipócritas infamias no tuvo sino crueldades, un corazón hermoso y abnegado, que, resacando ante la fatididad produce y engendra magníficos sentimientos.

Los sin honor y sin ventura, los que tal vez y vivieron sin patria, jóvenes del arroyo caído de otras esferas que no tuvieron la protección mercenaria del caudillo y vícese a su edad lozana despreciados de todos y por todos, surgen, ávidos de demostrar lo llustre de su abolengo, engrosando las listas en los banderines de enganche de ese llamado «Tercio de Voluntarios», y prodigan generosas sus vidas en pago de trabajo que le uegeron los grandes señores que no ven los efectos de la miseria y decadencia porque viven en la abundancia.

Y esos héroes del deber, esa selección humana que sin reproches de raza ni distinción de naciones, luchan bajo la noble enseña roja y guinda persiguiendo un mismo ideal, cuando termine la guerra que tantos hogares ha cubierto de duelo, se destacarán entre los inmolados por su bravura estos bizarros soldados tristes escoltas social arrojados por el despatismo a los vertederos del olvido.

MANUEL ANGET

Cabo del Batallón de Las Navas

De la guerra Una medalla, que le regaló su novia, le salva la vida

—Y usted, ¿qué nos dice?
—preguntamos al sargento del regimiento de Granada, núm. 34, José Conde Albarada— ¿Cuándo fué usted herido?

—El 26 de Septiembre— nos